



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

La
importancia
de la
adoración

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

Adorar
y ser un
testigo

2018

Julio

Sesión 1 – La importancia de la adoración

¡Hola! Este mes, nuestras dos sesiones de grupo pequeño se enfocarán en la adoración. Más que sólo entender qué es la adoración, queremos descubrir cómo adoramos y qué sucede mientras adoramos.

Hemos aprendido que la adoración significa: «mostrar reverencia y veneración». Como cristianos, el enfoque de nuestra adoración es Dios. Esta necesidad de expresarle a Dios lo que sentimos por Él es algo que no podemos ignorar. Nuestro Catecismo incluso dice que uno de los propósitos principales de la iglesia de Cristo es: «ofrecer adoración y alabanza a Dios» (CINA 2.4.3). En Juan 4:23, Jesús le dice a la mujer samaritana en el pozo: «Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren». Dios está buscando que hagamos más que sólo asistir a un Servicio. Él incluso nos está pidiendo que hagamos más que presentarnos unos minutos antes para participar en la adoración. Él quiere que seamos tan apasionados de Él que nuestra adoración trascienda los muros de nuestras congregaciones, que la verdad de Dios pueda ser vista en todas las partes de nuestras vidas. No podemos permitir que el único momento en el que adoremos sea el domingo por la mañana. Debemos ser adoradores individuales. La adoración debe convertirse en parte de nosotros.

Los Salmos de David son un recurso poderoso para que veamos cómo podemos adorar continuamente a Dios. Sus cantos de alabanza suelen comenzar declarando quién es Dios. Examinemos algunas palabras del inicio del Salmo 139.

David escribe: «Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos» (Salmos 139:1-2). Aquí, David habla de la omnisciencia de Dios; Él conoce todo sobre nosotros.

El versículo continúa: «Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender» (Salmos 139:4,6). David reconoce que Dios es mucho más sabio de lo que él jamás podría ser.

Los versículos 7 y 8 dicen: «¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás». Dios está siempre presente. Incluso en los lugares donde pensamos que Él no iría, Él siempre está con nosotros.

David también identifica a Dios como Su Creador: «Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras» (Salmos 139:13-14).

David articula a Dios de una manera clara y esto enriquece su adoración. Nosotros también deseamos ser capaces de crear una imagen de Dios con nuestra adoración que nos muestre a nosotros y al mundo quién es Él. Sólo podemos declarar quién es Dios cuando tenemos una mayor conciencia de Él: cuando buscamos Su presencia y cuando descubrimos más sobre Él en las Escrituras. Nuestra adoración es más que sólo usar lenguaje poético para describir los sentimientos agradables que experimentamos cuando pensamos en Dios. Nuestras palabras deben tener significado. Deben sostener verdades que hagan centrar nuestra atención en Dios.

Entender quién es Dios también ayuda a David a comprenderse a sí mismo y dónde necesita cambiar y crecer. Después de exponer los diversos atributos de Dios que él experimenta, David finaliza el Salmo 139 con la petición: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmos 139:23-24). Dios no necesita nuestra adoración: nosotros la necesitamos. Adorar a Dios, entender Su grandeza, nos lleva a un lugar de entrega. Sólo en este lugar podemos darnos cuenta de nuestra necesidad de que Él nos moldee y nos cambie a quienes Él quiere que seamos. Cada momento que dedicamos a la adoración nos invita a reconocer dónde podemos estar más alineados con Su voluntad.

La adoración es un comportamiento, y para adorar a Dios en todo lo que hagamos, debemos entrar en Su presencia y en el conocimiento de Él. Si bien, Dios está siempre presente —como David proclama en el salmo— no siempre reconocemos Su cercanía ni pensamos en que Él está con nosotros en cada momento. Entrar en

Su presencia significa ser conscientes de Él. En realidad, somos conscientes de Él en el Servicio Divino y cuando festejamos la Santa Cena con Él, pero también podemos ser conscientes de Su presencia en otros momentos, ya sea que estemos leyendo las Escrituras, trabajando, criando a los hijos, descansando, limpiando o maravillándonos ante Su creación. Cuanto más lleguemos a percibir Su presencia y cuanto más tiempo dediquemos a aprender sobre Su carácter, más estaremos fascinados por Él y todo lo que Él es. Esto le da verdad y propósito a nuestra adoración.

Tal vez no nos consideramos cantantes, pero esa no es excusa para que nuestra adoración a Dios sea pobre. La adoración no sólo es música, ni tampoco es sólo para los músicos. La adoración es para atletas, para asesores fiscales, para familias, para doctores, para maestros, para estudiantes... Todos nosotros, sin importar quiénes seamos, hemos sido creados y hemos sido ordenados a adorar. Nuestra iglesia existe para que podamos adorar a Dios como un cuerpo unificado. De todas las cosas en la vida que pueden redirigir nuestra adoración: nuestra carrera, nuestra riqueza material, nuestra influencia en los demás; nada de ello durará. Después de que el mundo terrenal se desvanezca, Dios seguirá siendo el Único al que le corresponde nuestra adoración, y Sólo a Él le corresponde adoración en nuestras vidas hoy en día. Queremos responder el llamado de David en Salmos 150: «Todo lo que respira alabe a JAH [...]» (Salmos 150:6).

Sesión 2 – Adorar y ser un testigo

Bienvenidos a nuestra segunda sesión acerca de entender la importancia de la adoración. En nuestra primera sesión, nuestro enfoque fue crecer en nuestro entendimiento de la adoración al examinar lo que David escribió en los Salmos. En esta sesión, extenderemos esa enseñanza y veremos cómo la adoración se vincula con nosotros siendo testigos de Dios. Desde los días del Antiguo Testamento, ha sido un honor para el pueblo de Dios ser un testigo para Él. Desde el momento en el que Dios concertó Su pacto con Abraham, y después, durante el transcurso de la historia del pueblo de Israel, su adoración tenía como propósito el ser testigos a todas las naciones de que Dios es el verdadero y único Dios, y que había hecho cosas maravillosas por ellos (Éxodo 34:10; 1 Samuel 12:24; Salmos 66:5). Ese honor prevaleció en el Nuevo Testamento, como lo atestiguan los cantos de María y los apóstoles. Sigue siendo el privilegio de todos los que creemos hoy: no podemos parar de adorar y ser testigos de nuestro asombroso Dios.

Comenzaremos nuestro estudio hoy con el Salmo 117, el más corto de todos los salmos. El Salmo 117 es un salmo breve, profundo y descriptivo que extiende una invitación a todas las naciones para alabar a Dios, y proporciona una lista de razones del porqué le corresponde sólo a Él la adoración. El salmista escribe:

Alabad al Señor, naciones todas;
alabadle, pueblos todos.
Porque grande es su misericordia para con nosotros,
y la fidelidad del Señor es eterna.
¡Aleluya!

«Alabar» significa alardear de algo con entusiasmo. «Grande es su misericordia sobre nosotros» se refiere a la fidelidad de Dios y Sus promesas para Su pueblo. En esencia, el Salmo 117 es un ejemplo de cómo debemos adorar; debido a todo lo que Dios ha hecho, está haciendo y hará por nosotros, elevamos un canto de alabanza para Él, para que todos lo escuchen, y les damos la bienvenida a todos para que nos acompañen. Para los creyentes que están viviendo en una relación consciente con su Padre celestial, la lista de elementos para adorarle es interminable. ¿Has expresado tu agradecimiento por cómo la verdad del Señor influye en tu vida?

Encontramos ejemplos de personas que dedicaron tiempo a tomar nota de la bondad de Dios durante los tiempos del Antiguo Testamento y cómo convirtieron sus experiencias en cantos para que todos los escuchasen. Estos cantos están registrados en las Escrituras y han sido testigos de Dios por siglos. Podemos leer los himnos de Moisés y de su hermana María (o *Miriam*), de Josué, Débora y Barac, Ana, David, Salomón y los profetas. El pueblo de Dios siempre ha sido testigo de la verdad a través de su canto. La fe de los israelitas podía escucharse claramente en sus cantos. Y muchas de las letras de su himnario, los Salmos, mostraban que eran conscientes de que otras naciones escuchaban sus cantos, y los llamaban a alabar a Dios también. ¿Por qué

cada uno de ellos pronunció sus palabras de alabanza para que los demás pudieran escucharlas y leerlas? Ellos tenían el deseo de reconocer al Autor de sus bendiciones y querían que todas las naciones conocieran la grandeza de su Dios para que los demás también tuviesen la oportunidad de conocerle.

El registro de los himnos de alabanza a Dios fue continuado por quienes escribieron el Nuevo Testamento. Podemos leer los cantos de María y Zacarías en el Evangelio de Lucas a medida que daban a conocer su alabanza como respuesta a las noticias que recibieron de Dios. En Hechos 2:46-47, podemos leer lo siguiente acerca de los creyentes en la iglesia primitiva:

Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

Más adelante en Hechos, leemos acerca de las acciones de Pablo y Silas cuando fueron encarcelados en Filipos. En Hechos 16:25, se lee en la Biblia: «Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían». Aquí encontramos a estos dos obreros cantando de alegría en medio de su sufrimiento, para que todos lo escucharan, y entonces, después de que un terremoto hizo que las puertas se abrieran, ellos permanecieron en su celda y tuvieron la oportunidad de guiar al carcelero a la fe en Jesucristo. Debido a su audacia y disposición a dar testimonio y adorar en medio de sus problemas, el corazón de este incrédulo se conmovió. Él tomó consciencia del Dios de estos prisioneros, y tomó consciencia de su necesidad de ser salvo de su pecado.

Hoy somos llamados a adorar de una manera audible para que el alegre sonido que emitamos como creyentes llegue a los oídos de quienes tienen dificultades para creer en Jesucristo: el cónyuge no salvo, el adolescente escéptico y nuestros amigos intrigados. Cada día, los creyentes caminan con la presencia del Espíritu Santo que mora en ellos. El Espíritu de Dios obrando en nuestras vidas permite que cumplamos nuestro llamado como adoradores. Él dirige la atención a las grandes obras de Dios en nuestras vidas, para que podamos reflexionar sobre ellas y entonces responder con adoración.

En Colosenses 3:16, Pablo escribió: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales». Cuando las letras de nuestros cantos están basadas en las Escrituras y son cantadas con gozo, entonces servirán para inspirar y edificar a quienes las escuchen. El gozo que experimentamos a través de nuestra relación con Jesucristo debe irradiar hacia todo lo que hacemos en nuestras vidas. La adoración en nuestras vidas es ser un testigo creíble de lo que creemos para que quienes nos rodean lleguen a conocer a nuestro Dios. Como un pastor estadounidense dijo: «La adoración gloriosa es exuberante, nunca tibia. Es atractiva, no repelente. Es asombrosa, nunca sentimental. Es brillante, no desprolija. Señala a Dios, no a los que hablan [...]. No hay nada más evangelizador, nada que gane más al mundo que la adoración gloriosa».